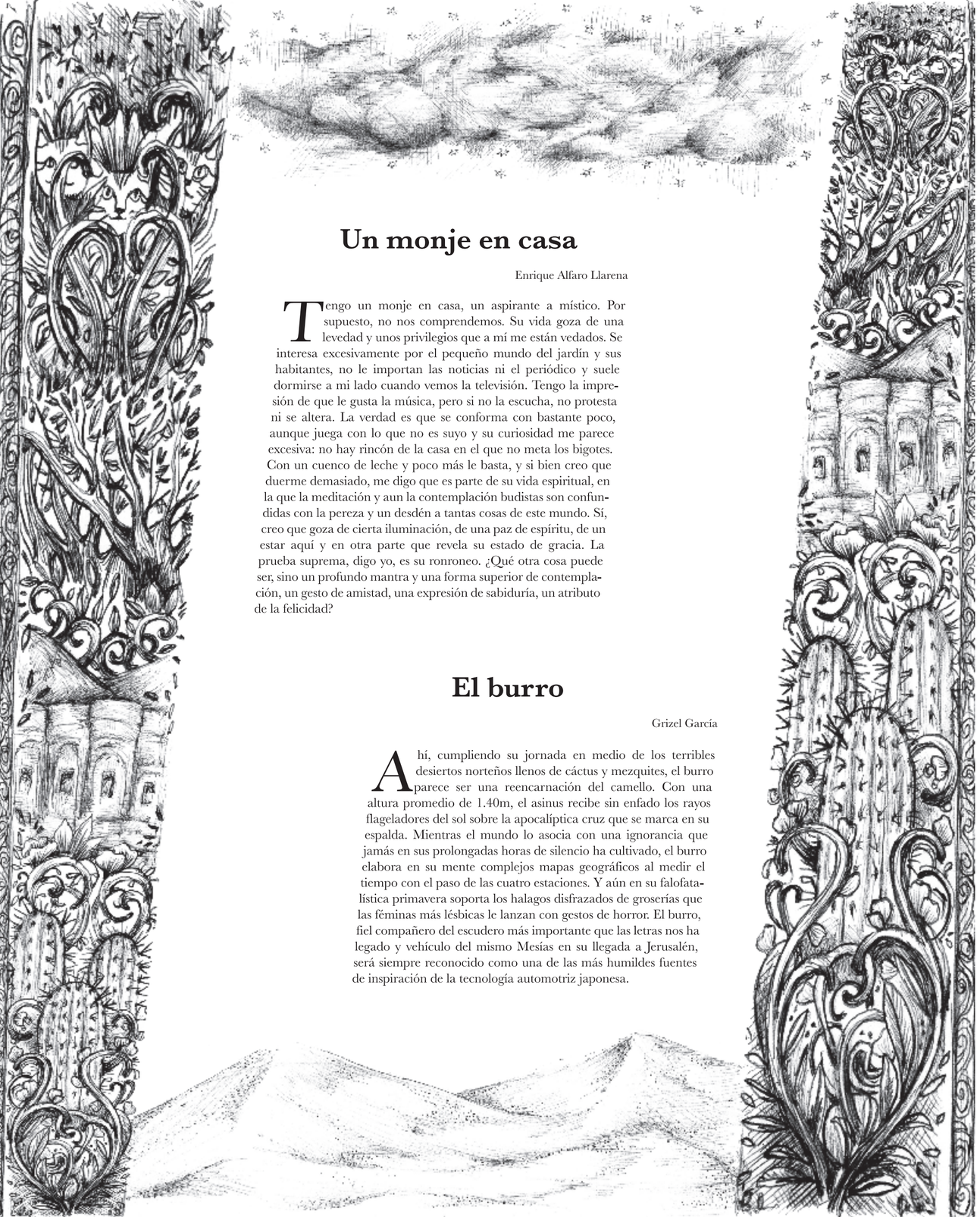


Un monje en casa

Enrique Alfaro Llarena

Tengo un monje en casa, un aspirante a místico. Por supuesto, no nos comprendemos. Su vida goza de una levedad y unos privilegios que a mí me están vedados. Se interesa excesivamente por el pequeño mundo del jardín y sus habitantes, no le importan las noticias ni el periódico y suele dormirse a mi lado cuando vemos la televisión. Tengo la impresión de que le gusta la música, pero si no la escucha, no protesta ni se altera. La verdad es que se conforma con bastante poco, aunque juega con lo que no es suyo y su curiosidad me parece excesiva: no hay rincón de la casa en el que no meta los bigotes. Con un cuenco de leche y poco más le basta, y si bien creo que duerme demasiado, me digo que es parte de su vida espiritual, en la que la meditación y aun la contemplación budistas son confundidas con la pereza y un desdén a tantas cosas de este mundo. Sí, creo que goza de cierta iluminación, de una paz de espíritu, de un estar aquí y en otra parte que revela su estado de gracia. La prueba suprema, digo yo, es su ronroneo. ¿Qué otra cosa puede ser, sino un profundo mantra y una forma superior de contemplación, un gesto de amistad, una expresión de sabiduría, un atributo de la felicidad?

El burro

Grizel García

Ahí, cumpliendo su jornada en medio de los terribles desiertos norteños llenos de cáctus y mezquites, el burro parece ser una reencarnación del camello. Con una altura promedio de 1.40m, el asinus recibe sin enfado los rayos flageladores del sol sobre la apocalíptica cruz que se marca en su espalda. Mientras el mundo lo asocia con una ignorancia que jamás en sus prolongadas horas de silencio ha cultivado, el burro elabora en su mente complejos mapas geográficos al medir el tiempo con el paso de las cuatro estaciones. Y aún en su falofatalística primavera soporta los halagos disfrazados de groserías que las féminas más lésbicas le lanzan con gestos de horror. El burro, fiel compañero del escudero más importante que las letras nos ha legado y vehículo del mismo Mesías en su llegada a Jerusalén, será siempre reconocido como una de las más humildes fuentes de inspiración de la tecnología automotriz japonesa.

CASA LAMM
CENTRO DE CULTURA
M C M X C I I I

Lammadame

COLECTIVO LAMBDA

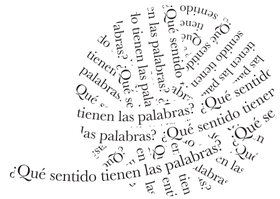
México 2013 Número V

Lammadame es una felina. Camina con garbo portentoso y, a la vez, exquisito, adueñándose del espacio y de la vida. Enciende, cautiva y se nos clava en la mente. Provoca deseos y no deja de intrigarnos. Sí, por minina y por leona, por niña y por mujer, Lammadame es una felina.

Por eso, en este número los gatos se vuelven los protagonistas. Porque no existe otra criatura que se les iguale en elegancia, en misterio y en seducción. Son escurridizos, vagos, a veces inalcanzables y dueños de la noche.

Nosotros, sus humildes admiradores, rendidos ante su bellísima indiferencia y calma, a su cálida ternura y maullido melodramático, arrebatado y sensual, les rendimos este homenaje.

Abraham Domínguez



Editor
Misael Carbajal

Coeditora
Alejandra Valverde

Diseño Gráfico
Sandra Gasca

Dirección de arte e ilustraciones
Luciana Calderón Mazzotti

Teatro
Abdul C. Bornio
Rodrigo Cuellar

Ilustraciones (Poesía)
Amaya Giner

Narrativa
Abraham Domínguez
Juan Rivera

Poesía
Luna Beltrán
Juan Pablo Tovar

Blog
Guadalupe Cruz

¿Malo por conocido o bueno por conocer?

No sé si cortarme las venas o dejármelas largas: del escenario a la pantalla

Abdul C. Bornio

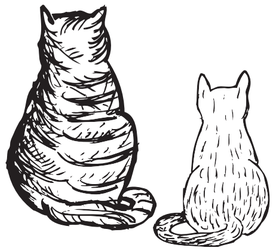
No sé si fue por el título o por haber escuchado que el autor de la obra era la nueva promesa de la dramaturgia mexicana, pero cuando fui a ver *No sé si cortarme las venas o dejármelas largas* estaba seguro de que la puesta en escena cambiaría mi vida. Como siempre, me equivoqué. Ahora que el guión ha vuelto a su objetivo original, el cine, me siento decepcionado nuevamente, y además me quedo pensando que el proyecto fue de mal en peor. Claro está, como crítico yo soy un ignorante cualquiera que no sabe apreciar ni el teatro ni el cine de calidad, pero como simple espectador no supero que la presunción del título no logre reflejarse en la trama. El supuesto análisis de las relaciones humanas, de los sueños perdidos, expectativas y culpas jamás alcanza la profundidad necesaria para llevar a los personajes al grado catártico en el que supuestamente colapsan. Así como la cotidianidad de las situaciones sólo se adereza con el escaso humor presente (y a veces mal empleado), los personajes juegan a ser entrañables y novedosos pero no dejan de ser prototípicos y hasta insípidos. Incluso, yo podría juzgar la dinámica entre los roles varoniles como una proyección de las fantasías del autor mismo, pero como ni lo conozco ni tiene por qué importarme, no haga caso usted de mis complejos. De lo que sí puede confiarse es de los pros y contras percibidos entre la experiencia dramática y la cinematográfica. Aunque el filme es más dinámico, fresco y beneficia la ruptura cronológica con la edición cíclica de las escenas, la historia pierde en salas lo único que en el escenario era digno de reconocimiento: la iluminación.

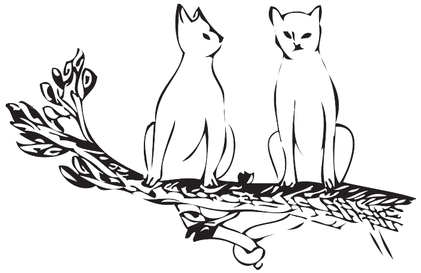
Para recrear el ambiente de tres departamentos distintos en un espacio, la producción apostó por los cambios lumínicos para transformar la apariencia escenográfica. El resto de las tecnologías empleadas —como proyecciones telenovelescas, banda sonora a cargo de una agrupación mexicana popular o su extensa difusión a través de redes sociales— no hacen diferencia alguna ni teatral ni fílmica ni culturalmente hablando. El reparto, por otro lado, resulta ser un gran acierto. Al conservar a la mayoría de los histriones originales, la poca sustancia de los caracteres adquiere mayor volumen, aunque comencemos a preocuparnos de que algunos de ellos estén encasillándose en figuras muy similares a interpretaciones anteriores. Qué fortuna que la vista, mucho más panorámica, del cine haya podido abarcar detalles y personajes anteriormente obviados. Lamentable, sin embargo, que la naturaleza de la trama nulifique su propio punto de quiebre, impidiendo que los límites de la convivencia adquieran la carga dramática requerida. Pese a lo anterior, es justo señalar que la puesta en escena fue un éxito nacional y que la película está posicionándose sólidamente en el gusto de la audiencia. Si las califico negativamente es para evidenciar el lamentable estado en el que tiene que estar el teatro mexicano contemporáneo para que obras tan simples y tibias sean aplaudidas y reverenciadas. Yo podré ser un ignorante o un cuasi crítico poco asertivo pero, como cinéfilo y amante del teatro, no puedo dejar pensar que *Las venas...* es sólo el eco de una joven promesa. Y que, sea lo que sea que haya prometido, seguramente no lo está cumpliendo.

Grabación

Rita Holmbaeck

Ruido de hojas.
Ruido de hacha.
Ruido de sierra.
Silencio
Principio de ruido.
Ruido de papel.





En el interior

Neus Ortega Molinos

Añoro estar dentro de tu cuerpo.
En el rincón derecho de tu dorso
está mi puerta,
ahora cerrada con llave.

Solía entrar en las noches
antes de que te durmieras.
Rodeaba con mis brazos
tu espalda, ancha y fuerte,
de marinero sin barco,
de pececillo terrestre.

Y mientras besaba tu pijama,
con la lentitud de una tortuga
entraba por tu omoplato
y me acurrucaba justo en el centro,
entre tu dorsal y tu pecho.
Y cerraba la cremallera de tu cuerpo,
dejando la mitad de la cama vacía.

Nunca me sentí tan adentro.
Jamás me costó tanto separarme.

Ahora extraño el latido ágil,
los pulmones envolventes y suaves,
la sangre tibia,
la caricia de tus huesos.

Y mientras te añoro,
desaparece tu llave
entre mis sábanas frías,
en mi recámara vacía.

No sé qué voy a hacer ahora
con tanto espacio.

Infinit(iv)o

Juan Pablo Tovar

Vivir es un eco del viviendo,
no es pasado, ni futuro; nunca será
presente.
Vive quien destruye el tiempo. Vivir es un
eco
del universo
del verbo
del más caótico insecto.
Somos sin el siento, tornado de vacío; somos muerte, delirio del retorno.
Somos otros y nosotros, somos nosotros y otros, somos otros nosotros: nos(otros).
¿Y qué prevalece?
sino la afirmación de no ser y serlo.

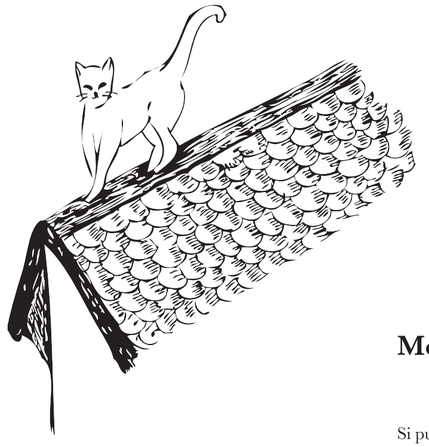
Porque cada familia llevaba al menos un gato consigo.
Porque los Gatos ingleses son los mejores de Europa.
Porque es el más pulcro de los cuadrúpedos en el uso de sus garras.
Porque la destreza de su defensa es ejemplo del inmenso amor que Dios le tuvo.
Porque es la más veloz de todas las criaturas.
Porque es tenaz en la custodia de su territorio.
Porque es una mezcla de solemnidad y diversión.
Porque sabe que Dios es su Salvador.
Porque no hay nada más dulce que su paz cuando duerme.
Porque no hay nada más ágil que su vida cuando está en movimiento.
Porque es uno de los pobres del Señor, y así la bondad ha siempre de llamarlo —¡Pobre Jeoffry! ¡Pobre Jeoffry! La rata te mordió el cuello.
Porque, bendito el nombre del Señor Jesús, Jeoffry se está recuperando.
Porque el espíritu santo se encarna en su cuerpo y lo mantiene, un gato completo.
Porque su lengua es extremadamente pura, pues tiene de pureza lo que carece de música.
Porque es manso y puede aprender ciertas cosas.
Porque puede sentarse con seriedad, y eso es paciencia en la aprobación.
Porque puede ir a buscar y traer, y eso es paciencia en la ocupación.
Porque puede brincar un obstáculo, y eso es paciencia comprobada.
Porque puede moverse o quedarse quieto al escuchar una orden.
Porque puede saltar desde las alturas hasta los brazos de su dueño.
Porque puede atrapar un corcho y arrojarlo otra vez.
Porque lo odian el hipócrita y el avaro.
Porque el primero teme que lo descubran.
Porque el segundo niega la acusación.
Porque encorva el lomo como si fuera un camello al pensar en sus obligaciones.
Porque es bueno pensar en él si un hombre quiere expresarse con claridad.
Porque fue una figura imponente en Egipto por su oficio de vigía.
Porque mató a la mangosta egipcia, muy perniciosa en la tierra.
Porque su oído es tan fino que sus orejas no paran de brincar.
Porque de aquí vienen la fugacidad y la presteza de su atención.
Porque al acariciarlo descubrí la electricidad.
Porque he visto fulgurar la luz de Dios a su alrededor.
Porque el fuego eléctrico es la sustancia espiritual que Dios manda del cielo para sustentar al hombre y a la bestia.
Porque Dios lo bendijo con la variedad de sus movimientos.
Porque, aun si no puede volar, es un excelente trepador.
Porque sus movimientos en la faz de la tierra superan a cualquier otro cuadrúpedo.
Porque puede caminar al compás de toda música.
Porque puede nadar por su vida.
Porque se desliza.

Jubilate Agno, fragmento B

[Porque he de contemplar a mi gato Jeoffry]

Christopher Smart
Traducción de Juan Carlos Calvillo

Porque he de contemplar a mi gato Jeoffry.
Porque es el siervo del Dios que vive y reina, y a diario se encomienda a él.
Porque, al primer atisbo de la gloria de Dios en el Este, lo alaba a su manera.
Porque esto lo hace al envolver su cuerpo siete veces en torno a sí con elegante rapidez.
Porque luego salta para alcanzar el almizcle, que es la bendición con que Dios responde a su plegaria.
Porque se revuelca, travieso, para impregnarse de él.
Porque, una vez bendecido y ya cumplidos sus deberes, empieza él mismo a contemplarse.
Porque esto lo hace en diez pasos.
Porque, en primer lugar, se mira las garras para ver si están limpias.
Porque, en segundo, da de coces para hacer espacio allá atrás.
Porque, en tercero, se estira para impregnarse con las patas extendidas.
Porque, en cuarto, se afila las garras en la madera.
Porque, en quinto, se baña solo.
Porque, en sexto, vuelve a revolcarse ya bañado.
Porque, en séptimo, se quita las pulgas, no sea que vayan a interrumpir su ritmo.
Porque, en octavo, se restriega contra un poste.
Porque, en noveno, dirige su mirada hacia arriba para recibir instrucciones.
Porque, en décimo, va en busca de alimento.
Porque, habiendo contemplado a Dios y a sí mismo, procede a contemplar al prójimo.
Porque, si se encuentra a otra gata, la besa con ternura.
Porque, cuando atrapa a una presa, juega con ella para darle oportunidad de salvarse.
Porque un ratón de cada siete escapa en su distracción.
Porque una vez terminado el trabajo del día es que comienza en verdad su labor.
Porque es centinela nocturno de Dios y vigila al enemigo.
Porque contrarresta las fuerzas de la noche con la electricidad de su piel y el resplandor de sus ojos.
Porque contrarresta al Demonio, que es la muerte, con los bríos de la vida.
Porque en su rezo matutino adora al sol y el sol lo adora a él.
Porque es de la estirpe del Tigre.
Porque si el Tigre es el Ángel, el Gato es Querubín.
Porque tiene la sutileza y el siseo de la serpiente, que refrena por bondad.
Porque no destruye si está bien alimentado, y tampoco escupe sin provocación.
Porque ronronea con gratitud cuando Dios le dice que es un buen Gato.
Porque es un instrumento para que los niños aprendan a ser benevolentes.
Porque toda casa está incompleta sin él, y al espíritu le falta su bendición.
Porque los gatos fueron mandamiento de Dios a Moisés cuando los Hijos de Israel salieron de Egipto.



La singularidad del valor estético

Rita Holmbaeck

Un duende juega
Y en el juego asesta
Un golpe mortal:
La belleza es tormento.

Morueco

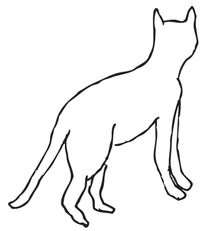
Luna Beltrán

Si pudiera ser animal contigo:
contraer lengua, labio,
dilatarnos a un ritmo,
lamer el claustro asubiado,
sorber el hueso hecho líquido.
Envenenar tu tiempo
con un bífido gemido.
Aullar. Ladrar.
Sisearte al oído.
Transmitir el virus reptil
hundiendo hasta el fondo los colmillos.

Gatúbela

Abraham Domínguez

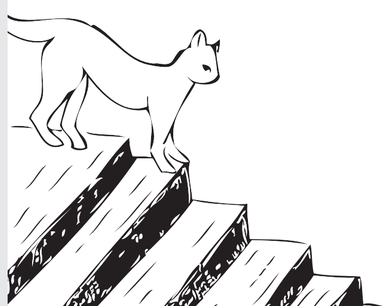
Gata,
gatúbela,
mujer de cuero,
poder de látigo,
venganza femenina.
Ve,
menea las caderas,
clava los tacones,
clava corazones
y quédate con ellos.
Vívelos, aviéntalos, deséchalos.
Porque eres felina,
hormona de la noche,
mujer de nadie,
mujer portento.
Ve,
veneno, bella daga,
llora, mata, asesina.
Ve,
fatal de fatales,
y destrúyeles el alma.



Popó de gato

Schlomo Cabrera

¿Popó de gato?
¡Has dejado un garabato!
Garabato en la madera,
vomitara quien lo viera,
yo limpiarlo no quisiera.
¡Oh, felino tan ingrato!
¿Popó de gato?
¡Has dejado un garabato!



Roma Umbría

Luna Beltrán

Giardiana Silva es una mujer divorciada de 25 años, cabello largo, ojos oscuros y expresivos, vestida con una bata blanca traslúcida de seda. Está sentada en el único sillón de la sala de su casa abrazando un almohadón viejo y rasgado; del techo cuelgan pequeños espejos adosados con diferentes formas reflejando la luz de la habitación; a lo largo del suelo se extienden pedazos de espejos rotos y entre ellos una foto vieja. Acaba de irse Polo, su exmarido. La acompaña su gatita blanca, Roma. Toma la foto del piso, suelta el almohadón, se estira lentamente.

Giardiana: Sin besar somos manchas de saliva, piel con gesto, sonidos... *(Se levanta en silencio y juguetea con los espejos más cercanos a ella)* Y después, sin notarlo, te largas, dejándome la carga de mi destino, ¡ven y fulmíname, cabrón!, no quiero tu eco brincando de espejo a espejo, gritando Polo, Polo. *(Frunce la nariz)* Y yo sin poderme escuchar. ¡Carajo!, ¡mierda!, qué ganas de despedazarlo todo, liberar su voz *(golpea algunos espejos, se cansa)*, pero es demasiada pasión y no puedo, no quiero, no puedo ni siquiera romper esta foto. Cómo romper el olor a hombre que arranca de las míseras entrañas el gemido, ese grito que aclara la garganta y afloja los senos.

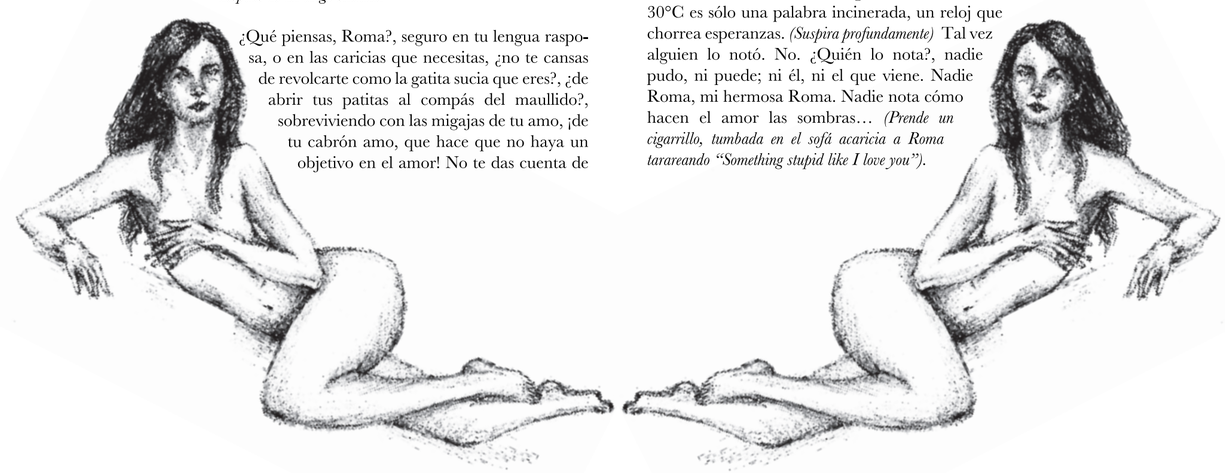
Mira a Roma detenidamente, la sigue, la carga, la mima, después de un largo silencio.

¿Qué piensas, Roma?, seguro en tu lengua rasposa, o en las caricias que necesitas, ¿no te cansas de revolcarte como la gatita sucia que eres?, ¿de abrir tus patitas al compás del maullido?, sobreviviendo con las migajas de tu amo, ¡de tu cabrón amo, que hace que no haya un objetivo en el amor! No te das cuenta de

que no hay bien ni mal, de que ofreces esperanzas, sospechas, celos: un infierno en todo su esplendor extinguiéndose en su poca luz. Aléjate, ¡aíslate!, ¡sepárate!, ¡desdeña la gula! ¡Ah!, ¿qué pasa con tu vida, gatita mala?, ¿tu alma es tan sensible que no la reconoces?

(Se quita la bata, en un ataque de ira y llanto, la rompe con los pedazos de espejos de suelo; desnuda, abraza a Roma, las dos boca arriba). Dicen que los felinos son independientes, territoriales, alguien así, alguien como tú no se enamora ni se impacienta con nadie. ¿Cómo podría Roma enamorarse, ser voraz, dejar de acicalarse por un gatito? Nunca. *(La deja ir, acariciando el contorno de su seno con las uñas).*

Es imposible enamorarse con esta manía bruta de erotismo, esa bravata de ojos: la misma danza, nunca igual. ¡Salvador!, ¡Paola!, ¡Carlos!, ¡Polo!, qué más da!, nunca amé el nombre; *(ronroneando)* me amé a mi gateándote, acoplándome, mordiéndome, ¡hombre, *homme*, *frau*, *mann*, miauuuu! *(ríe efusivamente)* ¡Ah, mi pequeña Roma! Tal vez fue el juego; nuestro eterno y estúpido juego: cuerpos sagaces, un capricho por la carne, una carrera para exprimir el minutero. El tiempo, el "gran" señor tiempo, se derretía en mis caderas como insignificante escarcha. A 30°C es sólo una palabra incinerada, un reloj que chorrea esperanzas. *(Suspira profundamente)* Tal vez alguien lo notó. No. ¿Quién lo nota?, nadie pudo, ni puede; ni él, ni el que viene. Nadie Roma, mi hermosa Roma. Nadie nota cómo hacen el amor las sombras… *(Prende un cigarrillo, tumbada en el sofá acaricia a Roma tarareando "Something stupid like I love you").*



La vida de Nini

Andrea Calderón

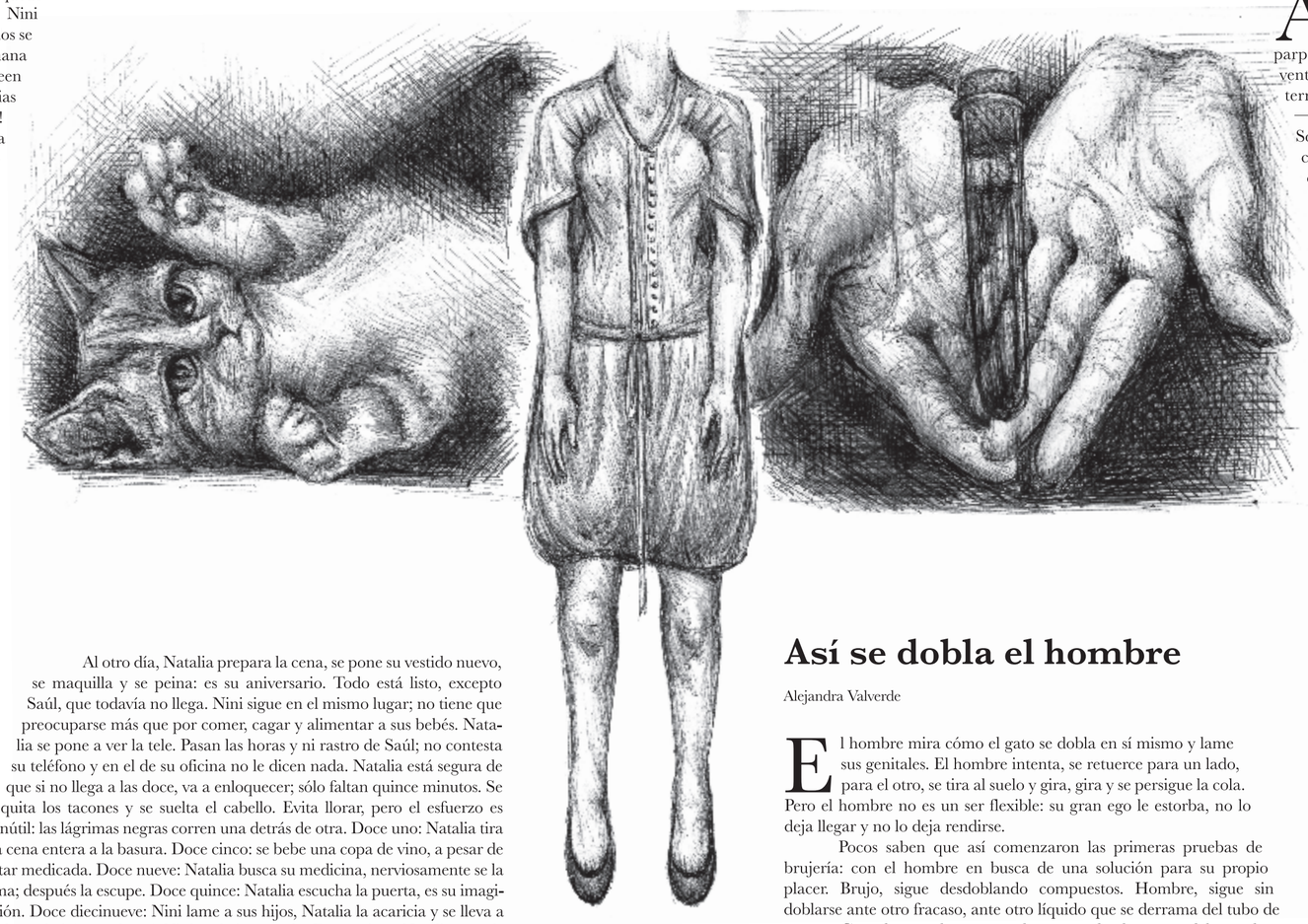
Nini ya creció y come más que antes. Qué lástima que no se quedó chiquita, al menos así Saúl y Natalia la seguirían queriendo. Nini cada vez es más molesta: se hace popó debajo del sillón, sus pelos se embarran en la ropa, y sus desgarradores maullidos a las tres de la mañana hacen que los vecinos piensen que la están torturando. Saúl y Natalia creen que es porque Karla se fue. Pero no: Nini está en celo. Necesita caricias cuando recibe patadas y palabras dulces en lugar de un ¡sácate de aquí!

Nini aprovecha la ventana abierta para salirse. Nunca lo había hecho. En la casa, su ausencia sólo se hace notable por el silencio y tranquilidad que reina en el lugar. Mejor que ni regrese, piensan Saúl y Natalia, pero su gracia les dura poco: Nini vuelve a la semana. Entra tranquilamente y se dirige a su plato de croquetas, el cual no está. Qué rápido se acostumbraron a estar sin ella. Nini huele carne. La carne que Natalia cortaba antes de tomar su pastilla de las doce. Nini devora casi los cien gramos. Natalia la descubre. Alcanza a agarrarla por la cola y a darle una nalgada mientras le grita. Piensa hasta en enterrarle el cuchillo, pero la deja ir. Nini se esconde bajo la cama. No sale durante tres días.

Pasan semanas para que Saúl y Natalia noten que Nini está embarazada. Deciden esperar a que nazcan los gatos para ver qué hacen con ellos. Mientras tanto, Nini siente que una bola le estorba entre su vientre y patas traseras. Así como la panza peluda de Nini crece, la tensión entre Saúl y Natalia se intensifica.

Es viernes y Saúl se despierta a la misma hora de siempre y hace la misma rutina antes de salir a su trabajo. Natalia se queda en la cama hasta pasadas las diez y después se baña, se arregla y se va. Nini come la última migaja de su plato; a ver si al rato le ponen más croquetas. Se acurruca cómodamente después de probar todas las camas posibles, y cuando cierra los ojos, un intenso dolor hace que comience a correr por la casa, como si alguien la persiguiera. Va de un lado a otro, se detiene, se lame la cola con desesperación, sigue corriendo, pero ahora con un pequeño cuerpo que sale de ella. Nini siente que el dolor pasó, se tranquiliza, se lame y vuelve a acostarse. El recién nacido no queda muy lejos. Nini todavía no lo reconoce. Siente otra vez el intenso dolor, sólo que ahora no corre como loca, sino que se queda donde está, observando cómo su cuerpo expulsa otro cuerpecito. Su instinto le dice que eso que le sale es parte de ella y lo tiene que cuidar. Ahora tres gatos están aferrados a sus tetas.

Cuando Natalia regresa, le da asco lo que ve: tres cosas que parecen ratas, chupándole hasta el alma a Nini, un charco de un líquido extraño en medio de la sala, y olor a sangre, pipí y leche materna. Ni una pizca de ternura penetra el corazón roca de Natalia. Limpia el cochinero, pero no toca a los gatos, que se han acomodado bajo una silla. Llega Saúl, se conmueve con la escena; no lo admite. Deberías tirarlos a la basura, le dice Natalia. Hay que esperar a que crezcan un poco y los damos en adopción, contesta Saúl.



Al otro día, Natalia prepara la cena, se pone su vestido nuevo, se maquilla y se peina: es su aniversario. Todo está listo, excepto Saúl, que todavía no llega. Nini sigue en el mismo lugar; no tiene que preocuparse más que por comer, cagar y alimentar a sus bebés. Natalia se pone a ver la tele. Pasan las horas y ni rastro de Saúl; no contesta su teléfono y en el de su oficina no le dicen nada. Natalia está segura de que si no llega a las doce, va a enloquecer; sólo faltan quince minutos. Se quita los tacones y se suelta el cabello. Evita llorar, pero el esfuerzo es inútil: las lágrimas negras corren una detrás de otra. Doce uno: Natalia tira la cena entera a la basura. Doce cinco: se bebe una copa de vino, a pesar de estar medicada. Doce nueve: Natalia busca su medicina, nerviosamente se la toma; después la escupe. Doce quince: Natalia escucha la puerta, es su imaginación. Doce diecinueve: Nini lame a sus hijos, Natalia la acaricia y se lleva a uno de sus bebés consigo. A Nini no le incomoda. Doce veinte: Natalia prende la trituradora de comida. Observa al gato, más chico que la palma de su mano, lo agarra del pellejo y lo deja caer. La sangre del pequeño salpica a Natalia. Doce veintiuno: Natalia va por el segundo, Nini percibe algo, así que la sigue, se sube del otro lado del fregadero, observa a su pequeño en la mano de Natalia y estira la patita para alcanzarlo. Natalia lo deja caer. Nini, salpicada de sangre, maúlla, escarba el fregadero, intenta sacar a sus gatitos, pero no puede meterse: la trituradora sigue encendida. Doce veintidós: Natalia ya tiene al tercero consigo. Nini maúlla como loca, observa lo que queda de sus bebés: vísceras y huesitos mutilados; escucha al último, baja y salta: intenta evitarlo, pero es más fuerte que ella. Natalia lo suelta, observa las tripas, sonríe, ve el cuchillo, lo toma, ve a Nini. Doce veinticinco: Saúl abre la puerta y se encuentra con Natalia salpicada de sangre y con el cuchillo en mano. Nini escarba en el fregadero, pero sus garras sólo salvan unos cuantos pedazos de piel. Saúl toma a Nini y se va. Nini sigue adolorida del parto, y sus tetas, hinchadas por la leche que sus gatitos no podrán beber.

¿A qué le lloraba?

Michele Lorusso

Al abrir los ojos vi a mi mamá parada frente a la ventana de mi cuarto; miraba hacia la calle empedrada mientras cosía unos pantalones. Tenía esa mirada seria y fija en un punto, sin parpadear; la que suele tener un perro esperando a su amo en una ventana o cuando se percata que el enemigo ha entrado a su territorio; el gato.

—Buenos días, mamá kangu.

Sonrió. Me dio un beso en la frente y se fue. Me cambié para salir a correr como lo hacía todas las mañanas. Mamá estaba sentada en la cocina, pensativa, y con los ojos humedecidos. Tomé la correa y fui con Maxy, que estaba recostado afuera esperando a que saliera. Ya sabía mi rutina.

—¡Maxy inteligente!

Le puse la correa, le hice un cariñito; me olí los dedos, apestaban a perro mojado, y nos fuimos sin despedirnos de mamá. Todas las mañanas corríamos cinco kilómetros de mi casa hasta la tienda de don Roberto y de regreso. A la mitad del camino nos detuvimos para que Maxy tomara un poco de agua. Al llegar a la tienda, don Roberto nos estaba esperando afuera con un cigarrillo en la boca.

—Muy buenos días, muchacho.

—Buenos, don Rober.

—¿Cómo está todo por la casa? ¿Está tranquila tu mamá?

—Sí, todo bien por la casa; sólo que cuando oscurece cae el sereno y en las mañanas Maxy siempre está mojado; he empezado a preocuparme porque se puede enfermar. Mi mamá está tranquila. Gracias por preguntar.

—De qué, de qué. Me la saludas y mándale un abrazo de mi parte. Dile que si necesita algo, que llame. Y hoy es tu día de suerte, tengo una casita de madera. Te la regalo. Fue de mi perro, pero él ya falleció hace un tiempo.

—¡Muchas gracias don Roberto! ¿Qué le parece si la recojo al rato?

—No hay problema, puedes venir por ella el día y a la hora que quieras. Siempre estoy en esta tiendita. No hay mucho que hacer si no se tiene un perro —Me dio una palmada en la espalda—. Ya vete muchacho, no quiero que tu mamá se preocupe; cuídese y pórtese bien.

—Sí don Rober, nos vemos. Buen día.

Se me hizo raro lo que había preguntado, mas no le puse atención y continué mi camino. A la mitad, cambié de opinión y sentí que algo estaba mal. No sabía qué, pero algo no cuadraba. Apresuré el paso y Maxy empezó a ladrar; sabía algo que yo no. Empezó a correr mucho más rápido y tuve que seguirle el paso. No nos detuvimos para que tomara agua. Al llegar, vi a mi mamá igualita a como la había visto en la mañana. Mismos zapatos, mismo vestido, misma diadema. Sólo que esta vez estaba colgaba del pórtico.

Así se dobla el hombre

Alejandra Valverde

El hombre mira cómo el gato se dobla en sí mismo y lame sus genitales. El hombre intenta, se retuerce para un lado, para el otro, se tira al suelo y gira, gira y se persigue la cola. Pero el hombre no es un ser flexible: su gran ego le estorba, no lo deja llegar y no lo deja rendirse.

Pocos saben que así comenzaron las primeras pruebas de brujería: con el hombre en busca de una solución para su propio placer. Brujo, sigue desdoblando compuestos. Hombre, sigue sin doblarse ante otro fracaso, ante otro líquido que se derrama del tubo de ensayo. Cuando va a la cama, exhausto, todos los gatos del mundo se acuestan junto a él, y de madrugada, lo despiertan con los chasquidos de sus lengüetazos. Tan fácil, tan fácil que es para los gatos.

Finalmente, hombre y brujo obtiene una fórmula. Convencido de que esa noche encontrará el éxito, despide a sus amantes y se retira a su alcoba. Despacio, toma un baño. Se acicala para la ocasión. Vestido con la mejor de sus batas, bebe del tubo y se sienta en la cama, al lado de sus gatos. Espera. Sólo siente un cosquilleo que recorre cada uno de sus vellos. El hombre se frota los brazos para darse calor. Poco a poco sus manos, que tantas veces han apaciguado sus duras noches, repasan y entibian una vez más sus rincones ya tan conocidos. El hombre levanta la vista y se encuentra con los ojos de su otro yo, quien se ha desprendido de él mismo y lo mira de vuelta. Son sus propias manos las que se internan en la seda, las que tiran lejos la ropa. Dos erecciones se encaran. Noche a cuatro manos. Y al final, frente a las miradas felinas, el hombre y su desdoblamiento se doblan al suelo.